

CRISTO ES TODAS LAS COSAS Y LOS ASUNTOS ESPIRITUALES

Watchman Nee

CAPITULO UNO

CRISTO ES EL CAMINO,

LA VERDAD Y LA VIDA

Lectura bíblica: Jn. 14:6

El Señor Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (Reina-Valera, 1960). Esto nos muestra claramente cuál es el camino que Dios nos dio, cuál es la verdad que El nos entregó y cuál es la vida que nos impartió: es Cristo. Cristo es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Por medio de El vamos al Padre. Todo lo relacionado con Dios es Cristo, Su Hijo. Es por eso que nuestro Señor dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”. El Padre sencillamente nos dio a Cristo, no un cúmulo de virtudes separadas de El. Con mucha frecuencia en nuestra experiencia espiritual vemos y palpamos solamente cosas, las cuales no pasan de ser terminología y letra, y carecen de verdadero valor. Que el Señor nos abra los ojos para que conozcamos al Hijo de Dios. Lo que caracteriza la fe cristiana y su fundamento es que toda su profundidad y sus riquezas están contenidas en el conocimiento del Hijo de Dios. Lo que cuenta no son los métodos ni las doctrinas ni el poder que tengamos, sino cuánto le conozcamos a El. Si le conocemos, hemos hallado el camino, la verdad y la vida. Nuestro poder procede de ese conocimiento. Dios nos dio a Su Hijo, no un sinnúmero de virtudes aisladas. Lo que verdaderamente cuenta para Dios es que conozcamos a Su Hijo. Examinemos lo que significa “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

CRISTO ES EL CAMINO

“Yo soy el camino”. Un camino puede considerarse también un método. El Señor afirma que El es el camino para ir al Padre; El es el método por el cual nos podemos acercar al Padre. Si le tenemos a El, tenemos el camino o el método; de lo contrario, no

tendremos forma de avanzar. El verdadero creyente en alguna ocasión ha aprendido la lección de que Jesús es el camino o el método. Cuando uno es salvo, va al Padre por el camino que es el Señor Jesús. Como mínimo ha tenido esta experiencia. El Señor Jesús es el camino, y nadie puede ir al Padre sino por El. Todo creyente sabe que El es el único camino. Damos gracias al Señor porque muchos creyentes han aprendido por lo menos esta lección, la cual consiste en ir al Padre por medio de Su Hijo, Jesús de Nazaret, quien es nuestro camino. Nosotros hemos tomado este camino por lo menos una vez. Dicho camino es Cristo mismo, no un método aparte de El. Es necesario que entendamos que no sólo nos acercamos al Padre por medio del Señor Jesús cuando somos salvos, sino que El sigue siendo el camino cada vez que nos acercamos a Dios. Fuera de El no existe un método que nos lleve al Padre.

Algunos creyentes se limitan a buscar métodos para alcanzar espiritualidad. En cierta ocasión un hombre estaba predicando acerca de obtener la victoria por medio de Cristo y no por el esfuerzo propio. Cuando terminó su mensaje, se le acercó un hermano y le dijo: “He sido un fracaso durante años, pero hoy todo ha cambiado”. El predicador le preguntó a qué se refería, y el hermano respondió: “He buscado el método que me conduzca a la victoria, y gracias al Señor, hoy lo descubrí. La victoria se obtiene por medio de Cristo, no de nosotros mismos”. El orador le dijo con mucha sencillez: “Si lo que halló fue un método, lamento decirle que seguirá cayendo”. ¿A qué se refería con esto? El Señor Jesús dijo: “Yo soy el camino”. En otras palabras, el Señor Jesús es el método. El método no está separado de El, pues es El mismo. Si lo que buscamos no es más que un método, no obtendremos resultados. Dios no nos dio un método, sino a Su propio Hijo. Muchas veces oímos de las experiencias de otros y nos maravillamos, pero no nos damos cuenta que ellos tocaron al Señor, mientras que nosotros no pasamos de usar el método de ellos y, como resultado, seguimos fracasando. Esto se debe básicamente a que no comprendemos que el Señor Jesús es el camino.

Recordemos que creer en el Señor difiere enormemente de aplicar una fórmula. Algunos creyentes experimentan la gracia de Dios, y sus ojos se abren. Ven la clase de persona que son, se hacen al margen y ponen su fe en el Señor. Confían en que el Señor hará lo que ellos no pueden. En consecuencia, Dios los satisface y los libera. Poco después, otra persona puede acercarse a ellos y al oír su testimonio, pide a Dios que la ilumine también a ella; le pide que le permita ver cuán valioso es El, aprender a confiar en Dios, ser humilde y a negarse a sí misma. Pero para nuestra sorpresa, el primer grupo experimenta liberación, pero esta persona no. Esto obedece a que el primer grupo pone su fe en Dios, por haber tocado al Señor, mientras que esta persona no tiene fe, sino que está solamente utilizando una fórmula de fe. Ella no ha recibido a Dios, sino la receta que observa en los otros hermanos. En los métodos no hay poder alguno y no producen resultados, ya que son objetos inertes y no son Cristo.

Recordemos que en la esfera espiritual todo lo que esté separado de Cristo es muerte. Algunos personas podrían decir: “No comprendo por qué cuando algunos tienen fe, Dios contesta sus oraciones. Yo tengo la misma fe, pero Dios no me responde a mí. Cuando los demás acuden al Señor, El les da Su gracia, y aunque yo hago lo mismo que ellos, Dios no me concede la misma gracia”. Da la impresión de que estas personas culpan a Dios de esto, y no se dan cuenta de que ellas creen en una cosa que no tiene vida. Una fórmula no tiene valor alguno, y un método carece de eficacia. Solamente cuando tenemos a Cristo, todo está lleno de vida. Aunque uno conozca todos los métodos, eso no lo hace un creyente. Los hijos vienen por ser engendrados, no se

producen por medio de enseñanzas. El Señor Jesús dijo: “Yo soy el camino”. El es el camino y el método. ¿Es Cristo su camino? ¿Es El sus métodos? O ¿es su camino solamente otro camino, y su método otro método? Gloria sea dada al Señor. Si su método es Cristo, todo irá bien, pero si su método es un método más, por muy bueno y correcto que sea, seguirá siendo una receta muerta carente de valor espiritual. Muchas oraciones no reciben respuesta y muchos testimonios de creyentes no tienen efecto alguno, porque la persona no ha tocado al Señor sino que sólo imita los métodos de otros. Nosotros tenemos que tocar al Señor personalmente.

En cierta ocasión un hermano estaba predicando acerca de Romanos 6-8. Uno de los oyentes dijo: “Ahora sé cuál es el camino de la victoria. Por fin lo entiendo. Ahora sé que no volveré a fracasar”. Otro hermano se acercó al que había predicado, e hizo un gesto de escepticismo. El predicador le preguntó qué estaba pensando, a lo que contestó: “Yo no puedo decir lo mismo que este hermano. El Señor abrió mis ojos, pero yo no me atrevo a decir que le vi a El, aunque tampoco puedo afirmar que no lo he visto”. El segundo hermano no recibió un método, sino al Señor mismo, y a la larga pudo mantenerse firme, mientras que el otro, con el tiempo, volvió a caer debido a que sólo había adquirido un método y, por eso, no obtuvo resultados.

Muchas veces estamos errados hasta en la forma en que escuchamos un mensaje. No le pedimos al Señor revelación, ni anhelamos verle. Lo que hacemos es utilizar nuestra mente para memorizar un método. De hecho, aunque sigamos el método al pie de la letra, no veremos resultados. Algunas veces quizá pensemos que no hemos visto gran cosa, tal vez no nos atrevamos a decir que vimos al Señor, pero en realidad sí le vimos. Esta visión produce un verdadero cambio en nosotros. Le damos gracias al Señor porque éste es el camino. No adquirimos un método, sino que conocemos al Señor. El nos muestra claramente que El es el método. Cada vez que oigamos un mensaje, debemos preguntarnos: “¿Me encuentro ante el Señor o estoy entendiendo un método?” La comprensión de un método no puede salvarnos; sólo conocer al Señor como nuestro método puede hacerlo. Un testimonio que otros den de la manera en que confían en el Señor no podrá salvarnos; sólo cuando ponemos nuestra confianza en el Señor podremos experimentar dicha salvación. Las palabras pueden ser las mismas en ambos casos, pero los hechos son diametralmente opuestos. El Señor es el Señor de la vida, y quienes le tocan, tocan la vida y llegan a vivir.

CRISTO ES LA VERDAD

El Señor dijo que El es el camino y también que El es la verdad. La verdad es sencillamente Cristo, no es la enseñanza acerca de El ni la doctrina de El; es El mismo. Por lo general, los creyentes piensan que las exposiciones y las explicaciones sobre Cristo constituyen la verdad. En realidad, la verdad no es la explicación de algo, sino que es Cristo mismo. El dijo: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:32). Hermanos y hermanas, ¿cuántas verdades nos han hecho libres? La Palabra de

Dios dice que la verdad nos hará libres. Pero en muchos casos, la verdad no pasa de ser una doctrina para nosotros, y no es Cristo. Nuestros ojos no han sido abiertos para verle a El. ¡Qué lástima que hemos predicado doctrinas por tantos años y todavía no hemos visto al Señor! Tal vez hemos oído doctrinas durante diez años sin haber visto nada. El hombre puede hablar de la doctrina de estar juntamente crucificado con Cristo, pero los demás no ven en él el poder de la crucifixión. Pueden hablar de la vida de resurrección, pero los demás no ven en ellos dicha vida. Si predicamos solamente doctrinas, comunicamos sólo elementos muertos y no la vida.

Una persona escribió una carta a un hermano diciendo: “Cierta hermano me ofendió, y no sé si deba perdonarle; por eso le escribo para preguntarle a usted. En mi corazón no tengo preferencia alguna al respecto. Si usted me dice que debo perdonarle, lo haré, y si me dice que no, no le perdonaré”. ¿Podría un creyente escribir esta carta? Supongamos que uno de mis seres queridos muere, y yo le escribo una carta a usted preguntándole: “Uno de mis seres queridos acaba de morir. Dígame si debo llorar. Si usted me dice que llore, lloraré, y si me dice que no, no lloraré”. Esto sería absurdo. Si uno llora porque otros le dicen que debe hacerlo, ese llanto será fingido, y retener las lágrimas también será una actitud postiza. Ambas acciones serán obras muertas. En el caso de la persona a la que aludimos, ella tiene dos opciones, perdonar o no perdonar. Si dice: “Yo le perdono si sé que debo hacerlo, y si sé que no debo perdonarle, no lo haré”, eso es una obra sin vida, basada en una enseñanza, y no es más que una acción artificial.

Si no tenemos al Señor en nosotros, y si El no es nuestra verdad, cualquier enseñanza que guíe nuestras acciones no es más que obras sin vida. ¿Pueden captar la diferencia? La diferencia es enorme. Para llevar a cabo acciones es necesario utilizar la memoria, pero la vida no precisa el uso de la memoria. Cuando decimos algo que procede de la vida, no lo hacemos por haber recordado algo, sino porque una fuerza interna nos motivó a hablar. Así que es el Señor quien nos controla, no una doctrina. Llegará el día cuando el Señor nos abrirá los ojos para que comprendamos que la realidad espiritual no está separada de Cristo. Nosotros no presentamos doctrinas, sino que conducimos las personas a Cristo mismo. No tenemos que recordar una doctrina para luego tratar de acatarla. Cristo vive en nosotros y llega a ser nuestra verdad.

En cierta ocasión un hermano ofendió a otro. Este no se pudo contener y reprendió severamente a aquél. Después de haber hecho esto su conciencia lo reprendió, y tuvo el sentir de que debía volver al hermano y ofrecerle disculpas, pero cuando recordó la ofensa, su enojo persistió. De todos modos, consciente de que debía pedirle perdón, empezó a escribirle una carta con estas palabras: “No estuvo bien de mi parte haberle reprendido”, pero al instante recordó la ofensa y volvió a airarse. Más tarde trató nuevamente de escribir la carta, pero no pudo evitar sentir rencor. Después de escribir la carta y de haberla enviado, seguía airado contra el hermano. Exteriormente, parece que hubiera hecho una buena obra, pero sólo fue el resultado de una enseñanza, no de la vida, pues aunque había escrito la carta y había pedido perdón, todavía guardaba rencor en su corazón. La próxima vez que vea al hermano que lo ofendió, tal vez lo salude y le dé la mano, pero interiormente no le habrá perdonado y no podrá expresar ninguna naturalidad al hablar. ¿Pueden ver la diferencia? El Señor es la verdad. Si lo que hacemos procede de nuestro conocimiento doctrinal y no de El, es una obra muerta. Debemos tener presente que las cosas espirituales están vivas sólo cuando el Señor está

presente. Cuando El resplandece de nuestro interior y actúa dentro de nosotros y lo vemos en lo más recóndito de nuestro ser, tenemos algo vivo.

CRISTO ES LA VIDA

El Señor dijo que El es el camino y la verdad, y añadió que El es la vida. Ya dijimos brevemente a qué se refieren los hechos de que Cristo sea el camino y la verdad. Hablemos ahora de Cristo como nuestra vida. Donde está la vida, espontáneamente surgen las obras, aunque éstas no reemplazan a aquélla. Debemos tener muy presente que las obras no son la vida, puesto que la vida es Cristo y, por ende, no requiere esfuerzo alguno de nuestra parte. Muchas personas se esfuerzan mucho y usan todas sus energías tratando de vivir como cristianos. Día tras día emplean todos sus esfuerzos procurando alcanzar esta meta y quedan exhaustos. Son bastante estrictos en las doctrinas: uno tiene que ser humilde y manso, y debe amar, perdonar y soportar a los demás. Puesto que es verdaderamente agotador tratar de cumplir dichas enseñanzas, piensan que es muy difícil ser un creyente. Esto se da con mayor frecuencia entre los creyentes más jóvenes, pues cuanto más se esfuerzan, más difícil les parece vivir como cristianos. Si Cristo no fuera vida, nosotros tendríamos que hacerlo todo, pero puesto que sí lo es, no nos toca hacer nada. Permítame repetir que Cristo mismo es la vida, y ésta no puede ser reemplazada por las obras.

Entre los hijos de Dios el error más común es pensar que el esfuerzo propio es la vida y que si uno no se esfuerza diligentemente, deja en evidencia que carece de vida. Debemos comprender que si la vida está presente, no hay labor alguna, pues los órganos llevan a cabo espontáneamente su función. Pensemos en la forma en que vemos u oímos: nuestros ojos ven y nuestros oídos oyen sin esfuerzo de nuestra parte. La vida es espontánea; por eso debemos recordar que donde hay vida, allí hay obras, pero éstas no pueden reemplazar a aquélla. Por otro lado, algunas obras demuestran la ausencia de la vida o indican que la vida es débil. Si la vida está presente, sin duda ella producirá un buen comportamiento, pero éste no toma el lugar de la vida. Supongamos que un hermano es muy amable y equilibrado. Algunos podrían pensar que ese hermano tiene una vida elevada. Pero eso no es cierto, ya que el Señor dijo que El es la vida. Aunque este hermano sea muy amable y gentil, ese comportamiento no es vida, a menos que venga de Cristo. Uno puede decir que ese hermano tiene un carácter agradable, que no pone problema, que es muy cortés, que no alega ni discute, pero no que tiene una vida elevada. Si esas son cualidades naturales de esa persona, no podemos decir que provienen de Cristo, y por consiguiente, no son Cristo.

Algunas personas tienen otra idea. Piensan que la vida está llena de poder y que el Señor, por ser su vida interior, les dará poder para ser rectos, portarse bien y ser buenos cristianos. Creen que la vida es una cosa. Pero Dios nos mostró que el poder no es una cosa. Nuestro poder es Cristo, es una persona; no es una fuerza que nos ayuda a realizar actividades. Nuestra vida no es un poder, sino una persona, la cual es Cristo manifestado en nosotros. No usamos a Cristo para expresar la bondad que deseamos

tener. Estas son dos perspectivas completamente diferentes, y debemos distinguirlas claramente.

Un hermano iba a cierta ciudad a reunirse, y un hermano ya de edad le preguntó por qué iba a ese lugar a reunirse. “Porque allí hay vida”, contestó el primero. El anciano añadió: “¿No es nuestra reunión tan estrepitosa como la de esa ciudad?” El hermano replicó: “No, allí no se hace nada de ruido”. El anciano le preguntó: “¿Cómo puede ser? Si no hay ruido, ¿cómo puede haber vida?” El hermano le contestó: “La reunión no tiene mucho estrépito, pero sí tiene vida. La vida no es entusiasmo, ni un estímulo emotivo; tampoco es una atmósfera cálida ni un gran alboroto”. El anciano le dijo: “Tal vez a los jóvenes les guste mucho la algarabía, pero yo prefiero oír un mensaje profundo, pues así puedo tocar la vida”. El hermano joven respondió: “Yo también he oído sermones bien elaborados y coherentes como los que usted describe, pero en ellos no toqué la vida”. Esta conversación muestra que la vida no es un estímulo emocional, ni ideas lógicas y bien elaboradas, ni palabras sabias ni intelectualmente convincentes. Estas cosas no son necesariamente la vida.

Algunos podrían argüir diciendo: “¿Qué extraño! Si la vida no es una emoción ni un mensaje bien elaborado, ¿entonces, qué es? ¿Qué es la vida para ustedes?” Reconocemos que no tenemos mejores palabras para explicar lo que es la vida. Lo único que podemos decir es que la vida es más profunda que los sentimientos y los pensamientos. Cuando entramos en contacto con ella, algo nos vivifica; ese algo es la vida. Puesto que la vida es más profunda que los pensamientos y que los sentimientos, no podemos compararla con el intelecto ni con las emociones. Tanto éstas como aquéllos son superficiales. Entonces, ¿qué es la vida? El Señor dijo: “Yo soy la vida”. Uno no toca necesariamente la vida cuando entra en un lugar donde reina una atmósfera cálida o donde hay mucha espiritualidad. Nos debemos preguntar qué produce esa atmósfera. Por experiencia sabemos que muchas personas que pueden producir gran alboroto y hacer ruido saben poco acerca del Señor. Muchas personas entusiastas saben poco acerca del Señor. Solamente Cristo es vida, y nada más lo es.

Debemos aprender a reconocer la vida, pues ésta no es ni un gran entusiasmo ni una exposición intelectual notable. La vida es la expresión del Señor mismo. Por eso necesitamos conocerle a El; nada se puede comparar con conocerlo a El. Cuando le conocemos a El, tenemos contacto con la vida. Aquellos que se emocionan fácilmente o que son muy intelectuales no son necesariamente los que conocen al Señor, pero cuando varias personas llegan a conocer al Señor de una forma personal y saben quién es El, este conocimiento y discernimiento espiritual de lo que es el Señor les dirá que Cristo es vida. Si tenemos tal discernimiento y tal conocimiento, cambiaremos. Si comprendemos que el Señor es vida, estaremos conscientes de que en la esfera espiritual la energía humana es inútil. Si conocemos al Señor como vida, acudiremos sólo a El. Cuando recién fuimos salvos, no sabíamos lo que era acudir a El, pero después de aprender algunas lecciones, empezamos a acudir más a El, pues descubrimos que todo depende de Cristo y no de nosotros. Cuando recibimos al Señor, buscábamos virtudes aisladas, y no dependíamos de El, pero después de aprender algunas lecciones, empezamos a comprender que debemos confiar en que el Señor puede hacer lo que nosotros no podemos. Pensábamos que teníamos que hacer algo y que si no lo hacíamos, todo se derrumbaría. Tratábamos de hacer muchas cosas por nuestra cuenta, pero más tarde descubrimos que todo depende de Cristo y no de nuestras obras. Entonces aprendimos a descansar y a acudir solamente a El.

Debemos tener presente que Dios no nos da virtudes aisladas ni separadamente. El nos dio a Su Hijo; por eso siempre debemos levantar la cabeza y decir: “Señor, Tú eres mi camino, mi verdad y mi vida. Sólo tengo que acudir a Ti y sólo a Ti, no a cosas que se relacionan contigo”. Que el Señor nos conceda Su gracia y nos muestre que los asuntos espirituales no son otra cosa que El mismo. Cada día debemos recordar que es un error tener un camino o una verdad o una vida que esté separada de Cristo. Aún así, es extremadamente fácil seguir un camino, tomar una verdad o recibir una vida que no sean Cristo. En muchas ocasiones llamamos vida a un ambiente acogedor, a un argumento lógico, a unas emociones placenteras, o a un buen comportamiento. De hecho, nada de eso es la vida. Necesitamos comprender que el Señor es vida. Cristo es nuestra vida. La vida es el Señor expresado en nosotros. Que el Señor nos libre de tantos fragmentos aislados y nos permita conocerle a El. Que le veamos a El en todo; que veamos que nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida consisten en conocerle a El. Que El abra nuestros ojos, y que muchos puedan ser librados de tantas virtudes externas para que vean al Hijo de Dios. Nuestro anhelo es que vivamos en El y que El viva en nosotros. Amén.